

## Condición de clase y posición de clase

Pierre Bourdieu



Los sociólogos adjudican siempre un sentido a la palabra *estructura* cuando hablan de “estructura social”<sup>1</sup> De todos modos es necesario averiguar en qué medida las partes constitutivas de una sociedad estratificada, clases o grupos de status, forman una estructura, es decir, para atenernos provisionalmente a una definición mínima, en qué medida esas partes mantienen entre sí relaciones que no sean de simple yuxtaposición y, por consiguiente, manifiestan propiedades que derivan de su pertenencia a la totalidad o más precisamente de su posición en el sistema completo de relaciones que rige el sentido de cada relación particular.

Tomar en serio la noción de estructura social es suponer que cada clase social, por ocupar una posición en una estructura social históricamente definida y por estar afectada por las relaciones que la unen con las demás partes constitutivas de la estructura, tiene *propiedades de posición* relativamente independientes de propiedades intrínsecas tales como cierto tipo de práctica profesional o de condiciones materiales de existencia<sup>2</sup>.

---

<sup>1</sup> “‘Estructura’ tiene a veces un significado tomado del sentido común, como cuando hablamos de la estructura de una danza. Otras veces enfatiza la forma, o la organización: como en el término ‘estructura social’, que tiende a reemplazar al de ‘organización social’ sin agregar nada, al parecer, en cuanto al contenido o la significación”. A.L. Kroeber, “Structure, Function and Pattern in Biology and Anthropology”, *The Scientific Monthly*, LVI, 1943, pp. 98-120.

<sup>2</sup> “De este modo —escribe Radcliffe-Brown— [...] cuando nos ocupamos de un sistema estructural, nos encontramos con un sistema de *posiciones* sociales, mientras que en una organización nos encontramos con un sistema de *roles*”. *Structure and Function in Primitive Society*. Londres, 1963, p. 11.

Sea un ejemplo: como lo hace Weber, puede aislarse en la condición del campesino lo referente a la situación y a la práctica del trabajador de la tierra, es decir, cierto tipo de relación respecto de la naturaleza, situación de dependencia y de sumisión, correlativa de ciertos rasgos recurrentes de la religiosidad campesina, o lo referente a la posición del campesino en una estructura social determinada, posición extremadamente variable según las sociedades y las épocas, pero dominada por la relación con el habitante de la ciudad y con la vida urbana; así, Redfield sostiene que el campesino, como tipo humano, sólo puede ser definido por referencia a la ciudad<sup>3</sup>, dado que la relación con el habitante de la ciudad y con la vida urbana en todos sus aspectos es una de las características constitutivas de la existencia campesina: “el cazador o el aldeano ‘pre-civilizado’ es ‘pre-alfabetizado’; el campesino es analfabeto”<sup>4</sup>. Y así como ciertos rasgos universales de la religión campesina están vinculados a la situación y la práctica del campesino, otros sólo pueden comprenderse por referencia a su posición: así, en la Argelia tradicional, muchas características de la religión practicada en el campo se debían al hecho de que ésta se juzgaba a sí misma con referencia a la religión de las ciudades, y, tanto en la forma como en la significación de sus prácticas, se interpretaba según las normas de la religión islámica. No hay duda de que las propiedades de posición y las propiedades de situación no pueden disociarse sino por una operación mental, aunque sólo fuera porque la situación de clase puede definirse también como posición en el sistema de las relaciones de producción, y, sobre todo, porque la situación de clase define el *margin de variación*, generalmente muy limitado, de que disponen las propiedades de posición. No obstante, la única manera de medir el valor de esa distinción consiste en poner a prueba su fecundidad heurística.

Si, para retomar una distinción de Wertheimer<sup>5</sup>, la clase social no es sólo un “elemento” que existe por sí mismo sin ser modificado o calificado de algún modo por los elementos con que coexiste, sino también una “parte”, es decir un constituyente determinado por su integración en una estructura, se comprende que la ignorancia de las determinaciones específicas que una clase social recibe del sistema de sus relaciones con las demás clases puede llevar a efectuar falsas identificaciones y a pasar por alto analogías reales. De esta manera, el sistema de criterios que se utilice para definir a tal o cual clase social en una pequeña comunidad determinará,

---

<sup>3</sup> “En vez de usarla, (la palabra ‘campesino’), como algunos lo hacen, para cualquier comunidad de productores en pequeña escala para el mercado, reservémosla para este nuevo tipo. Para que comenzara a existir, se necesitó de la ciudad. No hubo campesinos antes de las primeras ciudades. Y esos pueblos primitivos supervivientes, que no viven conforme a los requerimientos de la ciudad, no son campesinos [...]. El campesino es un indígena rural cuyo orden de vida, establecido desde antiguo, toma muy en cuenta a la ciudad”. R. Redfield, *El mundo primitivo y sus transformaciones*, FCE, México, 1963, pp. 48-49.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 54.

<sup>5</sup> Wertheimer, “Untersuchungen zur Lehre von der Gestalt”, *Psychologische Forschung*, I, 1921, pp. 45-60.

aplicado a una gran ciudad o a la sociedad global, una categoría estructuralmente muy diferente: la clase superior de una pequeña ciudad presenta casi todas las características de las clases medias de una gran ciudad; pero no solamente, como sugieren Lipset y Bendix<sup>6</sup>, porque los miembros de los círculos más cerrados de la sociedad provincial sean frecuentemente excluidos de los círculos equivalentes de una gran ciudad, sino, sobre todo, porque ubicados en posiciones sociales estructuralmente diferentes, muchas de sus conductas y actitudes los distinguen de aquellos con quienes pueden compartir ciertas características económicas, sociales y culturales<sup>7</sup>.

Pero, si el hecho de tomar en cuenta las propiedades de posición debe excluir un imprudente traslado de los esquemas descriptivos y explicativos de una sociedad a otra, o de una a otra época de la misma sociedad, ¿ello coloca a los sociólogos ante la alternativa –bien conocida por los etnólogos–<sup>8</sup> del universalismo vacío y abstracto y de la idiografía, cuyo afán de reubicar a cada grupo o a cada rasgo cultural en la red de sus relaciones con los demás grupos o con los demás rasgos de cada sistema particular le impide captar las formas y los procesos comunes? En realidad, cuando Marx habla de objetivismo pequeñoburgués<sup>9</sup> o cuando Max Weber asigna a cada clase o a cada grupo de status, campesinos, burócratas, guerreros o intelectuales, propiedades transhistóricas o transculturales tales como

---

<sup>6</sup> S.M. Lipset y R. Bendix, “Social Status and Social Structure: A Reexamination of Data and Interpretations”, *The British Journal of Sociology*, II, 1951, pp. 230-254.

<sup>7</sup> Así como la significación y la función que cada clase social confiere a la fotografía se definen por oposición a las que le confieren las otras clases, la práctica fotográfica que las clases altas, sobre todo en París y en la región parisense, tienden a rechazar como vulgar por estar divulgada, en otros contextos puede encontrar su valor de signo de “distinción” de status: más alejada del foco de los valores culturales y menos provista de oportunidades de distracciones nobles, la burguesía de las ciudades de provincia puede encontrar en una práctica cercana a la de las clases medias de París un medio de expresar una posición diferente en una estructura social diferente, mientras que la pequeña burguesía emancipada de un pueblo del sudeste de Córcega traiciona con una adhesión a veces ferviente a esta práctica tomada de la sociedad urbana, modelo de toda distinción, el deseo de escapar de los entretenimientos habituales, encuentros en el café o veladas familiares, y de romper con la monótona rutina de una sociedad tradicional que organiza los contactos sociales ateniéndose más a las relaciones de parentesco que a la diversidad de las condiciones. Cf. P. Bourdieu y otros, *Un art moyen. essai sur les usages sociaux de la photographie*, Éd. de Minuit, París, 1965.

<sup>8</sup> Cf. A.R. Radcliffe-Brown, “The Comparative Method in Social Anthropology”, en *Methods in Social Anthropology*, ed. por M.N. Srinivas, The University of Chicago Press, Chicago, 1958, pp. 109-110, y C. Lévi-Strauss: “La sociologie française”, en *La sociologie du xxe siècle*. PUF, París, 1947, p. 536. [Hay traducción castellana: Sociología del siglo xx].

<sup>9</sup> “El demócrata, por cuanto representa a la pequeña burguesía, es decir, a una clase intermedia, en cuyo seno se embotan los intereses de las dos clases opuestas, cree estar por encima de los antagonismos de clase”. K. Marx: *Le 18 Brumaire de Louis Bonaparte*, Ed. Sociales, París, p. 45. [Hay traducción castellana: *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, Ariel, Barcelona, 1968].

cierta actitud frente al mundo o cierto tipo de religiosidad<sup>10</sup>, suponen que está resuelto el problema de las *condiciones de comparabilidad* de las “partes” de estructuras diferentes, y de la validez de las leyes generales en Sociología, problema análogo al que encuentra la Etnología estructural cuando se dispone a comparar los rasgos culturales insertos dentro de culturas de estructuras diferentes<sup>11</sup>.

Si es cierto que dos clases (o dos sociedades) definidas por condiciones de existencia y prácticas profesionales idénticas o semejantes pueden presentar propiedades diferentes cuando, insertas dentro de estructuras sociales diferentes, ocupan posiciones estructuralmente diferentes<sup>12</sup>, e inversamente, que dos clases (o dos grupos) caracterizados por condiciones de existencia y prácticas profesionales diferentes pueden presentar propiedades comunes porque ocupan posiciones homólogas en dos estructuras diferentes, el establecimiento de proposiciones generales, transculturales y transhistóricas, no puede resultar de la simple vinculación de casos aislados del contexto histórico y social dentro del que están insertos; como observa Georges Dumézil, “el comparatista debe estudiar las estructuras, tanto y más que sus elementos”<sup>13</sup>. En efecto, la comparación sólo puede establecerse entre *estructuras* equivalentes o entre partes estructuralmente equivalentes de esas estructuras. Así como un circuito eléctrico y un circuito hidráulico semejantes en su estructura presentan propiedades análogas —en el sentido de que esas propiedades pueden traducirse del lenguaje de la electricidad al lenguaje de la hidráulica, con una correspondencia biunívoca de los elementos de cada estructura—, del mismo modo las estructuras sociales de dos sociedades diferentes pueden presentar propiedades estructuralmente equivalentes a pesar de las profundas diferencias que existen en el nivel de las características objetivas (en particular, económicas) de las clases que las constituyen. La distinción entre una captación estructural y una captación “realista” de las clases sociales sería gratuita si no permitiera someter a toda clase social a una interrogación más sistemática y metódica. Y se ganaría por lo menos en claridad si se observara que entre las proposiciones generales sobre las clases sociales hay algunas que, aplicándose a unidades definidas exclusiva o primordialmente por su posición diferencial en una estructura social, establecen

<sup>10</sup> El capítulo de *Wirtschaft und Gesellschaft* titulado “Stände, Klassen und Religion” contiene ejemplos muy típicos de proposiciones generales sobre las clases en su universalidad. Kiepenheuer und Witsch, Koln-Berlín, 1964, vol. I, pp. 368 y ss. [Hay traducción castellana: *Economía y sociedad*, FCE, México, 1964].

<sup>11</sup> Cf. A.R. Radcliffe-Brown, “The study of Kinship systems”, en *Structure and Function in Primitive Society*, Londres, 1963, pp. 53-54 y también pp. 86-87 y 194.

<sup>12</sup> Esto es válido, asimismo, para las lenguas o las culturas: “Dos culturas —escribe C. Kluckhohn— pueden tener inventarios casi idénticos, y ser, a pesar de ello, notablemente diferentes”. *Mirror of Man*. McGraw-Hill, Nueva York, 1949, p. 34.

<sup>13</sup> G. Dumézil, *L'heritage indo-européen à Rome*, Gallimard, París, 1949, p. 38.

enlaces regulares entre *posiciones homólogas* y entre determinadas características de las unidades ubicadas en esas posiciones, mientras que otras, al enfocar grupos definidos exclusiva o primordialmente por su situación, establecen relaciones entre situaciones que pueden ser tratadas como idénticas o semejantes (en la medida en que no deben nada, o muy poco, al contexto históricocultural) y determinadas características de los grupos ubicados en esas situaciones. Al primer tipo correspondería por ejemplo la proposición que, con ciertas variantes, se encuentra en Sombart y en Weber, según la cual el resentimiento, encubierto bajo las apariencias de la indignación moral, está asociado históricamente a una posición inferior en la estructura social, más precisamente a la pertenencia a los estratos inferiores de las clases medias. Al segundo tipo correspondería la proposición según la cual la inseguridad económica (asociada, entre otros factores, a la inestabilidad del empleo) impide que los subproletarios puedan constituir un cuerpo coherente de reivindicaciones económicas y sociales.

Es evidente que la fuerza explicativa de las proposiciones de tipo estructural varía considerablemente según la posición de las clases sociales a las que se aplican, y según el grado en que las propiedades de posición son irreductibles a las propiedades de situación. No es sin duda casual que las proposiciones universales sobre los subproletarios establezcan relaciones entre los determinismos objetivos que definen la situación y las actitudes o representaciones que son un efecto directo de esas condiciones interiorizadas, mientras que las proposiciones sobre las clases medias, cuyas conductas, menos determinadas por la situación, dependen en mayor medida de una posición definida dinámicamente, son naturalmente de tipo estructural.

La posición de un individuo o de un grupo en la estructura social no puede definirse nunca por completo desde un punto de vista estrictamente estático, es decir, como posición relativa (“superior”, “media” o “inferior”) dentro de una determinada estructura en un momento dado del tiempo: el punto de la trayectoria, captado por un corte sincrónico, encierra siempre el declive del *trayecto social*: por tanto, so pena de dejar escapar todo aquello que define concretamente la experiencia de la posición como etapa de un ascenso o de un descenso, como promoción o retroceso, es necesario caracterizar cada punto por la diferencial de la función que expresa la curva, es decir, por toda la curva. Esto hace que sea posible distinguir *propiedades ligadas a la posición definida sincrónicamente* y *propiedades ligadas al devenir de la posición*; en efecto, dos posiciones aparentemente idénticas desde el punto de vista de la sincronía pueden mostrarse profundamente diferentes si se las refiere al único contexto real: el devenir histórico de la estructura social en su conjunto, y el de la posición; inversamente, individuos (por ejemplo los que Jurgen Ruesch llama *climbers* –individuos que ascienden– o *strainers* –individuos que aspiran a ascender sin lograrlo– o también los que Harold L. Wilensky y Hugh

Edwards llaman *skidders* –individuos en descenso–) o grupos (clases en ascenso o clases en declinación) pueden tener propiedades comunes en la medida en que tienen en común, si no su trayectoria social, por lo menos el declive, ascendente o descendente, de sus trayectos<sup>14</sup>.

Para mostrar que dos clases sociales que ocupan la misma posición (sincrónica y sobre todo diacrónicamente) en dos estructuras sociales diferentes pueden presentar numerosas propiedades comunes a pesar de las diferencias de situación que una definición aristotélica registraría mecánicamente –y, evidentemente, tanto más cuanto mayor sea la parte de sus propiedades que deben a su posición diferencial–, bastará con un ejemplo: “En la sociedad isabelina –escribe Louis B. Wright– puede distinguirse un amplio grupo medio cuyas preocupaciones eran comerciales y cuyos intereses intelectuales estaban teñidos *por las particularidades de su ubicación en el orden social*”<sup>15</sup>. Situada entre la clase alta compuesta de la nobleza con títulos, la nobleza terrateniente y miembros de las profesiones ilustradas, y por otro lado los campesinos analfabetos, los pequeños artesanos y los trabajadores no calificados, la clase media, compuesta principalmente de mercaderes y artesanos acomodados, desarrollaba un estilo de vida original, que oponía sus virtudes de ahorro a los ocios ruinosos de la nobleza y a la pobreza imprevisora de las clases populares. La descripción de este estilo de vida muestra numerosos rasgos que, sobre todo en materia de actitudes frente a la educación y la cultura, valdrian, más allá de ciertas coloraciones circunstanciales, para las clases medias de nuestras sociedades: creencia en el valor de la educación como instrumento de ascenso social, como “medio de curar los males sociales, producir la felicidad y hacer a la humanidad más sabia, rica y piadosa”<sup>16</sup>, reivindicación de una educación “práctica”, capaz de proporcionar el entrenamiento para la futura profesión, estética “utilitarista” que conduce a juzgar el valor de un libro en virtud de su utilidad (ese es el motivo, por ejemplo, de los prefacios y las dedicatorias que declaran los méritos de las obras o invocan intenciones didácticas y morales). Los burgueses isabelinos expresan en su interés por las obras de vulgarización histórica y científica (que florecen al mismo tiempo que los manuales sobre el comportamiento mundano) y en su desdén receloso por la ficción frívola, el mismo *ethos* dominado por los valores de utilidad y seriedad, la misma buena voluntad cultural y la misma búsqueda ansiosa de la identificación con la cultura (cultura objetiva y cultura objetivada) de la élite que impulsan a los

<sup>14</sup> J. Ruesch. “Social Technique, Social Status and Social Change in Illnes”, en C. Klockhohn y H.A. Murray, *Personality in Nature, Society and Culture*, Alfred Knopf. Nueva York, 1964, pp. 131-132; H.L. Wilensky y H. Edwards, “The Skidder: Ideological Adjustments of Downward Mobile Workers”, *American Journal of Sociology*, xxiv (1959), pp. 315-331.

<sup>15</sup> L.B. Wright, *Middle-class Culture in Elisabethan England*, The University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1935, Prefacio, VII. El subrayado es mío.

<sup>16</sup> *Ibíd.*, p. 44.

pequeñoburgueses de nuestra sociedad a leer las revistas *Science et Vie*, *Historia* o esa literatura de distinción que son los premios literarios<sup>17</sup>.

De este modo, el enfoque estructural permite captar, mediante el estudio sistemático de un solo caso particular, rasgos transhistóricos y transculturales que se encuentran, con pocas variantes, en todos los grupos que ocupan posiciones equivalentes. Se puede sugerir, sin entrar en los detalles de un largo análisis, que la pequeña burguesía, clase de transición que se define fundamentalmente por lo que ya no es y por lo que aún no ha llegado a ser, debe muchas de sus actitudes, por ejemplo su inclinación al objetivismo, a una posición de oposición doble: respecto de las clases superiores y respecto de las clases populares. No es casual que confluyan en más de un punto las célebres descripciones de Groethuysen en *Los orígenes del espíritu burgués en Francia*, las de Sombart en *El burgués*, las de Globot en *La barrière et le piveau* —donde muestra que el rigor jansenista ha persistido en alguna medida en la pequeña burguesía francesa de los siglos diecinueve y veinte—, las de Max Weber sobre la afinidad estructural entre el espíritu de la burguesía naciente y el puritanismo, las que sociólogos, psicólogos y psiquiatras norteamericanos presentan del “individuo modal” de las clases medias (es decir; en relación con la estructura particular de nuestra sociedad, el *pequeñoburgués*)<sup>18</sup>. Así, por ejemplo, el rigorismo de las clases medias, que se manifiesta en una temprana educación más rígida y represiva, opuesta tanto al liberalismo (*permissiveness*) de las clases populares como al laxismo de las clases superiores, posee sin duda afinidad estructural con los sistemas éticos o religiosos que exaltan el trabajo, el esfuerzo, la seriedad, la templanza y el ahorro<sup>19</sup>, y quizá no sea absurdo reconocer, en la oposición entre

<sup>17</sup> También Dina Bertoni Jovine muestra que en Italia, en la segunda mitad del siglo XIX, la literatura de vulgarización llega sobre todo a las clases medias: “Este era el público más predispuesto a sufrir la influencia de esos libros: un público que de buen grado reconocía en los ejemplos de trabajo y de honestidad el reflejo de su propia existencia y de la de sus propios padres, y que aborrecía la violencia y el desorden; gente que había salido de la incertidumbre económica o de una condición social modesta a costa de paciencia, constancia, inteligencia y actividad, sacrificios y renunciamentos”. *Storia dell’educazione popolare in Italia*, Universale Laterza, Bari, 1965, p. 318.

<sup>18</sup> Cf. por ejemplo A. Davis y R.J. Havigurst, *Father of the man*, Boston, 1947, y “Social class and color differences in Child-Rearing”, *American Sociological Review*, XI (1946), pp. 698-710; M.C. Ericson, “Child-Rearing and social status”, *American Journal of Sociology*, LI (1946), pp. 190-192. Se ha visto que a formas diferentes de represión corresponden formas diferentes de enfermedad mental: “La cultura de las clases bajas —escribe J. Ruesch— favorece condiciones de desorden y de rebelión, la cultura de clase media, la formación de síntomas físicos y de reacciones psicósomáticas y la cultura de clase alta psiconeurosis y psicosis de tipo maniacodepresivo” (“Social Technique, Social Status and Social Change in Illness”, en C. Kluckhohn y H.A. Murray, *Personality in Nature, Society and Culture*, Nueva York, 1964, pp. 123-136). En otro sentido, E.M. Duvall observa que las clases medias insisten en el “desarrollo”, mientras que las clases populares son más “tradicionalistas”, (“Conceptions of Parenthood”, *American Journal of Sociology*, LI, 1946, pp. 193-203).

<sup>19</sup> Como “la estética” espontánea es a menudo una dimensión del *ethos*, es comprensible que para las clases medias el trabajo del artista sea uno de los criterios fundamentales de la apreciación artística.

quienes hoy esperan la salvación escolar e intelectual de la ascesis de las obras y aquellos que la esperan de la gracia de los dones, una forma moderna del debate entre el ascetismo jansenista de la burguesía en ascenso y el laxismo jesuita de la burguesía enriquecida. No puede dejar de asombrar, por ejemplo, la analogía que existe entre las expectativas (a menudo oscuras y difusas) que los niños de las clases populares y medias trasladan al universo escolar y que, explicitadas y sistematizadas, podrían conducir a la reivindicación de una pedagogía racional, fundada en el establecimiento de un contrato que defina explícitamente lo exigible y en la racionalización de las técnicas de transmisión de la cultura y de control del saber, y las expectativas de la burguesía en ascenso en materia de salvación: “Insensiblemente, Dios será sustituido por una carta, una constitución, y los destinos humanos serán regulados de manera que la criatura pueda conocer exactamente todo lo referente a su salvación. Se desecha la política secreta, se exige que las cosas se hagan a la luz del día, a fin de saber a qué atenerse y tomar las disposiciones del caso, todo es simple y bien ordenado en un mundo sin misterios. Nuestra salvación es nuestra propia obra, con el socorro de la gracia; es una recompensa, y no un azar imprevisto, como la gracia de una lotería, sobre la que nuestros deseos o nuestros esfuerzos no ejercen ninguna influencia. La gran incógnita, el terrible secreto que en otros tiempos llenaba de espanto el corazón de los fieles, ha desaparecido”<sup>20</sup>.

Si se ha podido ver en el resentimiento una de las dimensiones fundamentales del *ethos* y de la ética ascética de la pequeña burguesía (o más generalmente, de la burguesía en su fase ascendente), es sin duda porque autoriza a los miembros de las clases medias, conscientes de que su ascenso sólo se debe a privaciones y sacrificios de que están libres —por lo menos, así lo creen— los miembros de las clases populares y los miembros de las clases superiores, a hacer, como se dice, de necesidad virtud y a condenar tanto el laxismo de quienes no tuvieron que pagar el precio del ascenso como la despreocupación imprevista de aquellos que no quisieron o no supieron pagarlo. El padre Bourdaloue explicita así los principios del *ethos* burgués (o, con respecto a otra estructura, pequeñoburgués): “Pues digamos la verdad: si hay inocencia en el mundo, ¿dónde está sino en las condiciones y en los estados en que se observa estrictamente la ley del trabajo? Entre los grandes, los nobles, los ricos, es decir entre aquellos cuya vida no es más que diversión y molición, no busquéis la verdadera piedad y no esperéis encontrar la pureza de las costumbres [...]. ¿Dónde, pues, podría encontrarse? ¿En las chozas de pobres holgazanes que no tienen otra ocupación que la mendicidad?”. E inmediatamente se ve que la indignación moral está asociada a la convicción meritocrática: “Si [el burgués] ha llegado a pobre, la culpa es suya; si se ha enriquecido, se atribuirá a sí

<sup>20</sup> B. Groethuysen, *Origines de l'esprit bourgeois en France: I, L'Église et la bourgeoisie*, NRF, París, 1927, p. 116.

mismo el mérito de lograrlo. Frente a la divinidad, establece sus propias responsabilidades”<sup>21</sup>.

De este modo, lejos de que pueda verse un puro y simple efecto de la organización y de la práctica burocráticas en algunos de los caracteres más manifiestos de las capas inferiores de la pequeña burguesía (empleados, funcionarios subalternos y medios), como la inclinación a refugiarse en el formalismo o en el rigorismo rígido de la observancia del reglamento, sería fácil mostrar que estos rasgos, que también pueden manifestarse fuera de la situación burocrática, expresan, en la lógica de esta situación, el sistema de valores implícitos o explícitos o las “virtudes”, probidad, minucia, rigorismo moral y propensión a la indignación moral<sup>22</sup>, que los miembros de los estratos inferiores de las clases medias (donde se reclutan los pequeños funcionarios) deben a su posición (definida dinámicamente) en la estructura social, y que bastarían para predisponerlos a adherir a los valores del servicio público y a las virtudes exigidas por una burocracia si las carreras administrativas no fueran también para ellos el medio por excelencia del ascenso social<sup>23</sup>.

Habría que mostrar asimismo que las características de las diferentes clases sociales no dependen solamente de su posición diferencial en la estructura social, sino además de su *peso funcional* en esa estructura, peso proporcionado a la contribución que aportan a la constitución de tal estructura y que no está ligado solamente a su importancia numérica. Así, por ejemplo, en sociedades en que el débil desarrollo de la economía y, más precisamente, de la industria sólo confiere a la burguesía industrial y al proletariado un débil peso funcional, el sistema de relaciones entre la pequeña burguesía que suministra los cuadros administrativos del Estado y el inmenso subproletariado, formado por desocupados, trabajadores intermitentes de las ciudades y campesinos “desarraigados”, domina y determina

<sup>21</sup> Citado por B. Groethuysen, op. cit., pp. 200 y 223.

<sup>22</sup> Sven Ranulf, *Moral Indignation and Middle Class Psychology*, Copenhagen, 1938. Nearl E. Miller y John Dollard muestran también que la agresividad (que encuentra un exutorio “legítimo” en la reprobación moral) se encuentra a menudo en personas que realizan un marcado ascenso social (*Social Learning and Imitation*, Yale, 1964, p. 6); cf. también A. Davis y J. Dollard, *Children of Bondage*, American Council on Education, Washington, 1940).

<sup>23</sup> “Imaginaos al burgués formado según las reglas de la Iglesia. Se acuesta y se levanta a horas regulares. Tiene sus horas de trabajo y de descanso. Nunca hará esfuerzos demasiado grandes y nunca traspondrá los límites que se ha fijado. El espíritu de su vida es la regularidad. Es menester que las jornadas se sucedan en una perfecta uniformidad y que nada esté trastornado en el orden establecido. Para él, el trabajo forma parte del ritmo general de vida; no trabaja por la necesidad de llegar a un término, trabaja para dar consistencia a su vida, que de otro modo no la tendría. La Iglesia lo bendice a causa de su seriedad y porque se atiene a lo establecido. Este burgués, por cierto, existe; es el empleado modelo. La Iglesia ha contribuido a formar un cierto tipo de burguesía media y a poblar las oficinas. Hombre de bien, este burgués modesto y ordenado va todos los domingos a misa así como todos los días de la semana va a su oficina”. B. Groethuysen, op. cit., pp. 218-219.

toda la estructura de la sociedad. Por este motivo, la pequeña burguesía de trabajadores permanentes y no manuales puede presentar numerosos rasgos que la acercan a las clases medias de sociedades más desarrolladas desde el punto de vista económico, como la inclinación al ascetismo y al moralismo, al mismo tiempo que muchos de sus caracteres originales, por ejemplo en el orden de la acción política, los deben a su posición con respecto al proletariado, que impugna su “aburguesamiento” y sus privilegios pero es muy débil como para imponerle sus exigencias, y con respecto a los subproletarios, dispuestos a acoger las profecías milenaristas que les propone la “intelligentsia proletaroide” surgida de las clases medias.

Si es cierto que las clases sociales son, desde un punto de vista, “partes” de la totalidad social, y desde otro “elementos”, con grados desiguales según su posición en la estructura social y según la estructura social, es posible establecer dos tipos de proposiciones transhistóricas y transculturales, poniendo las características de las clases sociales en relación, unas con la situación de estas clases y otras con su posición en la estructura. Sin ignorar –todo lo contrario– lo que las clases sociales deben a su posición en una estructura social de un tipo determinado, y sin presuponer –a diferencia de las proposiciones que Lewin llamaría “aristotélicas”– la referencia a la serie completa de los casos históricos, las proposiciones de tipo estructural establecen regularidades ligadas a homologías de posición.

Dicho de otro modo, así como el descubrimiento de las estructuras de una lengua multidialectal supone la aprehensión previa de las estructuras particulares de los diferentes dialectos que la componen, igualmente las proposiciones de pretensión universal sobre las sociedades globales o sobre los grupos constitutivos de estas sociedades, como las clases, no son más que clasificaciones abstractas hasta tanto las categorías propuestas no reflejen las estructuraciones que pueden descubrirse en los sistemas concretos<sup>24</sup>; el esfuerzo por descubrir y describir la estructura específica de una sociedad particular, es decir, el sistema de las relaciones que se

<sup>24</sup> En la lógica del pensamiento de Saussure, que consideraba a la lengua –por oposición al lenguaje, una lengua particular; el francés, el alemán– como el único objeto concreto de la lingüística, Kenneth L. Pike opone la “ética”, que, estableciendo proposiciones generalizadas sobre los datos permite identificar, describir y clasificar sistemáticamente todos los datos comparables de todas las lenguas y de todas las culturas gracias a un sistema de criterios (elaborado por el analista con anterioridad al estudio de la cultura particular de la que toma sus datos), y organizar en tipos los elementos así clasificados, a la “émica”, que se propone descubrir y describir el modelo de una lengua o de una cultura particular “tomando en cuenta la manera particular en que los diferentes elementos de esta cultura están unidos entre sí en el funcionamiento de un modelo particular” (K.L. Pike, *Language in Relation to a Unified Theory of the Structure of Human Behavior*, I, Summer Institute of Linguistics, Glendale, 1965, p. 8). [El origen de los términos “ética” y “émica” es explicado del siguiente modo por Pike: “He creado las palabras *etic* y *emic* derivándolas de *phonetic* [fonético] y *phonemic* [fonémico (fonemático)], siguiendo el uso lingüístico convencional de dichos términos. Uso las expresiones abreviadas de una manera análoga, aunque con un propósito más general”. Op cit. 2ª ed. rev. Mouton & Co., 1967, p. 37. N. del T.]

establecen entre sus diferentes partes y confieren por ello una singularidad irreductible a cada una de esas partes así como a la totalidad que componen, no impide la comparación entre partes que pertenecen a totalidades diferentes; más aún, lo que constituye la condición de validez de una comparación es que, para estar realmente fundada, debe establecerse entre partes estructuralmente equivalentes.

Una clase social nunca se define únicamente por su situación y por su posición en una estructura social, es decir por las relaciones que objetivamente mantiene con las demás clases sociales; también debe muchas de sus propiedades al hecho de que los individuos que la componen entran deliberada u objetivamente en relaciones simbólicas que, al expresar las diferencias de situación y de posición según una lógica sistemática, tienden a transmutarlas en *distinciones significantes*. La independencia relativa del sistema de actos y procedimientos expresivos o, si se quiere, de marcas de distinción, gracias a las cuales los sujetos sociales expresan y, al mismo tiempo, constituyen, para sí mismos y para los otros, su posición en la estructura social (y la relación que mantienen con esta posición), infiriendo una reduplicación expresiva a los “valores” (en el sentido lingüístico del término) necesariamente vinculados con la posición de clase, autoriza la autonomización metodológica de un orden propiamente cultural. En efecto, esta “expresión sistemática” (según los términos de Engels) del orden económico y social puede, como tal, constituirse legítimamente y tratarse como sistema y, por tanto, ser objeto de una aprehensión estructural.

Luego de comprobar que el poder pura y simplemente económico y sobre todo “la fuerza desnuda del dinero” no constituyen necesariamente un fundamento reconocido del prestigio social, Max Weber distingue a la clase social como un grupo de individuos que, compartiendo la misma “situación de clase”, es decir, la misma “situación de mercado”, tienen las mismas oportunidades típicas en el mercado de los bienes y del trabajo, condiciones de existencia y experiencias personales, y a los grupos de status (*Stände*) como conjuntos de hombres definidos por cierta posición en la jerarquía del honor y del prestigio. Todo parece indicar que Max Weber opone la clase y el grupo de status como dos tipos de unidades *reales* que podrían encontrarse con mayor o menor frecuencia según el tipo de sociedad (es decir, al parecer según el grado de autonomización y de dominación del orden económico); para otorgar a los análisis weberianos toda su fuerza y su alcance, hay que ver allí más bien unidades *nominales* que pueden restituir más o menos completamente la realidad según el tipo de sociedad, pero que son siempre el resultado de *la elección de acentuar el aspecto económico o el aspecto simbólico*, aspectos que coexisten siempre en la realidad (en proporciones diferentes según las sociedades y según las clases sociales de una misma sociedad), ya que las distinciones simbólicas son siempre secundarias respecto a las diferencias económicas que expresan, transfigurándolas.

Lo que Max Weber llama “el orden propiamente social” como modo de distribución del prestigio social, sólo dispone de una autonomía relativa, porque está unido al orden económico como modo de distribución y de utilización de los bienes y de las prestaciones económicas por relaciones de interdependencia más o menos estrechas y más o menos según las sociedades<sup>25</sup>, pero en virtud de esta autonomía parcial, puede desarrollar su propia lógica como universo de las relaciones simbólicas. En efecto, es notable que todos los rasgos que Max Weber asigna al grupo de status corresponden al orden simbólico, ya se trate del estilo de vida o de privilegios honoríficos (tales como el uso de ciertos vestidos o el consumo de platos especiales, vedados a otros, la portación de armas, el derecho de dedicarse como diletante a prácticas artísticas) o también de reglas y prohibiciones que rigen los intercambios sociales y particularmente los matrimonios. Pero, más profundamente, mientras que “todo tipo de situación de clase, sobre todo cuando ésta descansa en el poder de la propiedad como tal, se realiza en su forma más pura cuando todos los demás determinantes de las relaciones recíprocas están, en la medida de lo posible, ausentes” –y “siendo la posesión y la desposesión las categorías fundamentales de la situación de clase”–, los grupos de status se definen menos por un tener que por un ser irreductible a su tener, menos por la posesión pura y simple de bienes que por cierta manera de usar esos bienes, pudiendo siempre la búsqueda de la distinción introducir una forma inimitable de rareza, la rareza del arte de consumir bien, que aun puede conferir rareza al bien consumido más común. Por eso, como observa Max Weber, “podría decirse, a costa de una excesiva simplificación, que las clases se distinguen según su relación con la producción y la adquisición de bienes, y los grupos de status, en cambio, según los principios de su consumo de los bienes, representado por tipos específicos de estilos de vida”<sup>26</sup>.

O sea que las diferencias propiamente económicas aparecen reduplicadas por las distinciones simbólicas en la manera de usar esos bienes o, si se quiere, y aún más, en el consumo simbólico (u ostensivo) que transmuta los bienes en signos, a las *diferencias de hecho en distinciones significantes*, o, para hablar como los lingüistas en “valores”, privilegiando la *manera*, la forma de la acción o del objeto en detrimento de su función. De lo que resulta que de todas las distinciones las más prestigiosas son aquellas que más claramente simbolizan la posición en la estructura

<sup>25</sup> M. Weber, op. cit., t. II, p. 688.

<sup>26</sup> De lo que resulta –observa Max Weber– que las “diferencias entre las clases se entrecruzan de mil maneras con las distinciones de status”: en otros términos, si la posesión de bienes tiende siempre a convertirse, a la larga, en la condición necesaria de la pertenencia a un grupo de status, por otro lado no es nunca una condición suficiente, y el honor de un orden estatutario no está necesariamente ligado a una situación de clase, ya que, por el contrario, se distingue radicalmente, por regla general, de las pretensiones de la pura y simple propiedad.

social —como el vestido, el lenguaje o el acento, y sobre todo las “maneras”, el buen gusto y la cultura—, porque pretenden aparecer como propiedades esenciales de la persona, como un ser irreductible al tener, en resumen, como una *naturaleza*, pero paradójicamente una naturaleza cultivada, una cultura convertida en naturaleza, una gracia y un don. Lo que está en juego en la divulgación y en la distinción, como se ve, no es más que la excelencia humana, lo mismo que toda sociedad reconoce en el hombre cultivado.

No es pues casual que, como observa Weber, “los grupos de status son los portadores de todas las convenciones”: toda “estilización de la vida, cualquiera sea la forma en que se manifieste, tiene su origen en un grupo de status o es mantenida en vida por un grupo de status”<sup>27</sup>. Poner el acento en la *manera*, es privilegiar la forma de la acción a expensas de su función y de los instrumentos materiales que utiliza: por consiguiente, como nota Weber, no hay nada que repugne más fuertemente al honor de los órdenes estatutarios que el regateo, elemento esencial del juego de mercado, completamente diferente del juego de los intercambios simbólicos. Es natural, pues, que al igual que las sociedades tradicionales, los grupos de status impongan a quienes quieran participar de ellos, además de los modelos de comportamiento, modelos de la modalidad de los comportamientos, es decir reglas convencionales que definan la justa manera de ejecutar los modelos. “Vale la pena notar —escribe Veblen— que toda esta categoría de observancias ceremoniales clasificadas en el capítulo general de las maneras ocupa un lugar más importante en la estima de los hombres en la etapa de cultura en que el ocio ostensivo conoce la mayor difusión como marca de honorabilidad que en las etapas ulteriores del desarrollo cultural [...]. En la visión popular, las maneras terminan por encerrar una utilidad sustancial en sí mismas, han adquirido un carácter sacramental”. Disociar de los fines perseguidos la manera de alcanzarlos y proponerla como objeto de una aprehensión específica, privilegiar el estilo en detrimento de la eficacia y someterlo a la estilización, considerar la ejecución consumada de la partitura social como el signo por excelencia de la realización social, todo esto equivale a hacer del arte de vivir una de las bellas artes y a transmutar las coerciones naturales en reglas culturales, propiamente humanas.

De este modo la lógica del sistema de los actos y los procedimientos expresivos no puede comprenderse independientemente de su función, que es la de presentar una traducción simbólica del sistema social como “sistema de inclusión y exclusión”, según la expresión de McGuire<sup>28</sup>, la de significar la comunidad y la distinción

<sup>27</sup> M. Weber, op. cit., t. II, p. 686.

<sup>28</sup> McGuire, “Social Stratification and Mobility Patterns”, *American Sociological Review*, xv, 1950, pp. 195-204.

transmutando los bienes económicos en signos y las acciones orientadas hacia fines económicos en actos de comunicación (que pueden expresar una negativa a comunicarse). Nada sería más falso, en efecto, que creer que las acciones simbólicas (o el aspecto simbólico de las acciones) se limitan a significarse a sí mismas; las acciones simbólicas siempre expresan la posición social según una lógica que es la misma de la estructura social, la de la distinción. Los signos, que como tales se “definen, no positivamente por su contenido, sino negativamente por su relación con los demás términos del sistema”<sup>29</sup>, y que, no siendo más que lo que los otros no son, deben su “valor” a la estructura del sistema simbólico, están predispuestos por una especie de armonía preestablecida a expresar el “rango” estatutario que —como la palabra lo dice— debe la esencial de su “valor” a su posición en una estructura social definida como sistema de posiciones y de oposiciones.

Es, pues, como si los sistemas simbólicos estuvieran destinados, por la lógica de su funcionamiento como estructura de homologías y de oposiciones, o mejor, de separaciones diferenciales, a desempeñar una función social de asociación y de disociación y, más precisamente, a expresar las separaciones diferenciales que definen a la estructura de una sociedad como sistema de significaciones, arrancando a los elementos constitutivos de esta estructura, grupos o individuos, de la *insignificancia*. Así, el lenguaje y el vestido, o mejor, ciertas maneras de tratar el lenguaje y el vestido, introducen o expresan separaciones diferenciales en el interior de la sociedad, en calidad de signos o insignias de la condición o de la función<sup>30</sup>.

De todos los consumos o de todas las conductas que pueden recibir una función expresiva, ya se trate de la compra de un automóvil, de la decoración de un departamento o de la elección de un establecimiento escolar para los hijos, el vestido y el atavío son los que, en efecto, en razón de su alto rendimiento simbólico, cumplen más perfectamente, junto con el lenguaje y la cultura, la función de asociación y disociación. Como observó Simmel, la moda del vestido es un proceso que combina la individualización y la imitación, que, como *Sichgleich-machen*, hacerse el igual, según los términos de Hegel, expresa paradójicamente la voluntad de afirmar la particularidad por la búsqueda de la diferencia última. Y Simmel observa también que la moda, al permitir marcar simbólicamente la “distinción” adoptando sucesivamente diferentes signos distintivos, obedece a una lógica semejante a la del honor (tal como se observa, por lo menos, en las sociedades estratificadas) en la medida en que confiere también una marca común a los miembros de un grupo

<sup>29</sup> L. Hjelmslev, *Essais linguistiques*, Travaux du Cercle Linguistique de Copenhague, vol. XII, Copenhague, 1959, p. 106.

<sup>30</sup> Cf. C. Lévi-Strauss, *Le cru et le cuit*, Plon, París, 1964, p. 60. [Hay traducción castellana: *Lo crudo y lo cocido*, FCE, México, 1969].

particular al mismo tiempo que los distingue de los extraños al grupo<sup>31</sup>. En realidad, la lógica de la divulgación (que Bernard Barber y Lyle S. Lobel llaman *trickle down pattern*) autoriza y exige a la vez la búsqueda de diferencias sutiles sobre un fondo de semejanzas toscas. Así, en los Estados Unidos, a medida que se difunden los nuevos estilos de origen parisiense que los costureros reproducen, imitándolos, en número limitado, por tanto muy costosos, los creadores de las diferentes series de precio inferior integran lo mejor que pueden los rasgos de la nueva moda en las líneas que crean, para responder a la demanda actual o anticipada de las personas de rango inferior. Por consiguiente, a la manera de la lengua, el vestido como sistema simbólico de función expresiva obedece a la lógica de las oposiciones significativas: en la cima de la jerarquía social, las familias antiguas de Nueva Inglaterra afirman una “distinción” fundada en el nacimiento y la herencia (por oposición al logro profesional), rechazando las audacias de la moda francesa y reivindicando la aristocracia inglesa en sus gustos por los “tweeds” y los “woolens” y en general en su estilo de vida. Por debajo, las familias de antigua fortuna (*old money families*) encuentran en la moda parisiense símbolos de vestido ligados a la riqueza y a un estilo de vida más cosmopolita que expresan mejor su condición económica y su posición social que la moda conservadora de la alta sociedad y, preocupadas por definirse tanto respecto a la clase superior como respecto a la clase inferior, se esfuerzan por asociar la opulencia a la elegancia discreta y buscan el *chic* y la “sostificación” (por oposición a la distinción aristocrática de la clase alta), evitando la ostentación chillona del nuevo rico. Las clases medias rechazan la moda parisiense como “osada”, “extraordinaria” y “excesiva”, y sustituyen el afán por el efecto buscado —que manifiesta la palabra *chic*— por la búsqueda de una “respetabilidad distinguida” —expresada en la palabra *smart*—<sup>32</sup>. Aunque la divulgación de la moda supone la producción en serie, condición de la baja de los precios, los productores se esfuerzan por evitar la uniformidad completa “distribuyendo sus lotes sobre una vasta área geográfica, colocando un número limitado de prendas del mismo estilo, del mismo origen y de la misma talla en el envío destinado a cada ciudad, a cada minorista”<sup>33</sup>. Así, la dialéctica de la divulgación y de la distinción explica enteramente el funcionamiento del sistema el cambio incesante que lo caracteriza: un estilo, necesariamente, debe cambiar cuando se ha divulgado por completo, ya que en calidad de signo distintivo no podría universalizarse sin perder la significación,

---

<sup>31</sup> G. Simmel, “Fashion”, *International Quarterly*, x, 1904; pp. 130-135, reeditado en *American Journal of Sociology*, LXII (1957), pp. 541-558.

<sup>32</sup> B. Barber y L.S. Lobel, loc. cit.

<sup>33</sup> Si las reglas que rigen las elecciones estéticas de cada clase se expresan fácilmente bajo la forma de preceptos negativos, pueden ser negativas, o mejor, opositivas, sin reducirse a la negación de las reglas a que obedecen las otras clases. El rechazo de la “vulgaridad” como búsqueda de la distinción se expresa

o mejor, el “valor” (en el sentido saussureano) que recibe de su posición en un sistema y de su oposición a los demás elementos del sistema. Sin duda, hay un mismo principio que impone a la búsqueda de la distinción una renovación incesante de sus procedimientos expresivos en todos los dominios en que —por ejemplo con la producción en serie— los índices tradicionales de status llegan a ser más ampliamente accesibles, y el afán por marcar las diferencias debe expresarse en el rechazo de los consumos y las prácticas demasiado comunes (la fotografía, la televisión o cierto tipo de turismo, por ejemplo) o en la manera original de rendir culto a esos consumos o a esas prácticas; en este caso, la separación diferencial aparece en el nivel de la modalidad de los comportamientos. No es casual que el *snoob*, como personaje social, creador e imitador de procedimientos expresivos en materia de indumentaria, vivienda y estilo de vida, sea contemporáneo de la revolución industrial y de la desaparición de los “órdenes” estatutarios; en efecto, todo lleva a admitir que la renovación incesante de los procedimientos expresivos que caracteriza al esnobismo se impone crecientemente, en dominios cada vez más diversos y entre grupos cada vez más amplios, a medida que las diferencias objetivas, económicas o estatutarias tienden a borrarse.

Es una lógica del mismo tipo la que regula los fenómenos de fingimiento que se observan en el uso de la lengua. También en este caso la lógica de la simbolización de la posición social no debe nada, o muy poco, a las intenciones individuales, ya que la búsqueda más explícita de la distinción se organiza, en realidad, según reglas socialmente definidas, de modo que las conductas “distinguidas” son con respecto al sistema de los procedimientos expresivos lo que el lenguaje hablado es con respecto a una lengua<sup>34</sup>. “En las comunidades lingüísticas fuertemente diferenciadas —observa N.S. Trubetzkoy—, estas distinciones son muy marcadas en las pronun-

---

según una lógica propia de cada clase, por el hecho de que debe su forma y su coloración particular al *ethos* de cada clase. Así, del mismo modo que la oposición entre las antiguas familias y las familias de antigua fortuna se organiza en torno del principio objetivo de las diferencias que las separan y de los valores asociados a este principio, es decir, muy groseramente; la herencia y el dinero, también la desenvoltura negligente con que los miembros de las clases superiores se dedican, cuando lo hacen, a la fotografía, se opone a la ascesis laboriosa de la adquisición que se expresa, por ejemplo, en el verbo “hacer” en “hacer la América”, como la distinción natural se opone al esfuerzo penoso.

<sup>34</sup> Es, pues, como si las diferentes sociedades y las diferentes clases sociales propusieran a sus miembros otros tantos sistemas diferentes de índices de diferenciación. De este modo, mientras que en nuestras sociedades las prácticas culturales deben a su alto rendimiento simbólico el hecho de ser el medio de expresión por excelencia de la búsqueda de la diferencia por la diferencia, ésta ha podido expresarse también, en otras épocas, en otros dominios, por ejemplo el de la religión: “Si llega a ocurrir que aquellos que antes fueron simples creyentes adoptan el lenguaje de la gente ilustrada, es para probarse a sí mismos y a los demás que son de una clase más elevada, que se han convertido a su vez en “personas de cierto estilo”. Esta es una prueba adicional de que la religión ha pasado a ser un asunto del pueblo. Para ser burgués, es menester no creer. Este hombre que “mira con desprecio, desde lo alto de su grandeza, a ese pobre pueblo que asiste respetuoso a los santos Misterios”, ese hombre que “se cree un personaje distinguido porque,

ciaciones que descansan en una estructura provincial, profesional o cultural de la sociedad [...]. La lengua corriente de Viena suena en la boca de un funcionario oficial de manera muy distinta que en la boca de un tendero. En la Rusia prerrevolucionaria, los miembros del clero se distinguían por la pronunciación espirante de la *g* [...], aunque, en general, hablaran la lengua literaria más pura; existía una pronunciación particularmente “noble” y una pronunciación “de comerciante” del ruso literario. En todas las lenguas existe una oposición entre la pronunciación de las ciudades y la pronunciación de la campaña, así como entre la pronunciación de las personas ilustradas y la pronunciación de los ignorantes. A menudo existe una pronunciación “mundana”, caracterizada por una articulación indolente propia de los *dandys* y de los *snobs* de todo tipo”<sup>35</sup>. Como se ve, la diferenciación de los procedimientos expresivos de la lengua expresa la diferenciación social según una lógica original. De lo que resulta, por una parte, que cada procedimiento expresivo sólo recibe su “valor” de su posición en el sistema de los procedimientos expresivos hasta el punto de que sería ingenuo considerar que un individuo tiene, por sí mismo, características tales como “vulgaridad” o “distinción”; como observa Gérard Genette, la tradición retórica “define las figuras como maneras de hablar alejadas de las naturales y ordinarias o aun [...] simples y comunes [...]. En otras palabras: el efecto de las figuras (vivacidad, nobleza, gracia) es fácil de calificar, pero su *ser* sólo puede designarse por el hecho de que cada figura es una figura aparte y las figuras en general se distinguen de las expresiones no figuradas por tener una modificación particular, llamada figura”<sup>36</sup>. Y, por otra parte, es posible observar rasgos constantes en los grupos sociales de rango elevado: así como Trubetzkoy caracteriza la pronunciación mundana por su “indolencia”, observando que la “negligencia en la articulación de las consonantes y la *r* uvulares son procedimientos expresivos por los que se reconoce a un *dandy*”<sup>37</sup>, también Max Weber adjudica a los grupos privilegiados una tendencia a la “estilización” de la vida, al desdén por la “actividad de adquisición racional” –y especialmente, por la actividad empresarial–, y se puede observar que los miembros de las clases cultivadas manifiestan una fuerte inclinación al diletantismo y a una representación carismática de la relación con la cultura<sup>38</sup>. Lejos de que ciertas propiedades se vinculen intrínsecamente con determinadas condiciones económicas y sociales, por tanto con cier-

---

al revés de los demás, no hace inclinaciones, genuflexiones, plegarias”. [...], al mismo tiempo que reniega de su religión, establece una distinción entre dos clases sociales, hace de algún modo una declaración, para que se reconozcan sus derechos de burgués” (B. Groethuysen, *Origines de l'esprit bourgeois en France*, I: *L'Eglise et la bourgeoisie*, NRF, París, 1927, p. 31).

<sup>35</sup> N.S. Troubetzkoy, *Principes de phonologie*, Klincksieck, París, 1957, pp. 21-22.

<sup>36</sup> G. Genette, *Figures*, Seuil, París, 1966, p. 209.

<sup>37</sup> *Ibid.*, p. 22.

<sup>38</sup> Cf. P. Bourdieu y A. Darbel, *L'Amour de l'Art, le musée et son public*, Éd. de Minuit, París, 1965.

tas situaciones existenciales, es necesario admitir que a “posiciones” homólogas en la estructura social corresponden conductas simbólicas de estilos equivalentes.

En realidad, a diferencia del sistema lingüístico propiamente dicho, los sistemas simbólicos que pueden llamarse expresivos (tomando de Trubetzkoy esta palabra, con la que él caracteriza los procedimientos fonológicos que “en una comunidad lingüística sirven para caracterizar a un grupo determinado de sujetos hablantes”)<sup>39</sup>, constituyen sistemas jerarquizados, que se organizan por referencia a un término fijo, es decir, las maneras distinguidas del grupo cuyo rango es más elevado, o, por el contrario, las maneras comunes del grupo de rango inferior<sup>40</sup>. Como el principio de los sistemas expresivos no es más que la búsqueda de la diferencia, o mejor, de la *distinción*, en el sentido de marca de diferencia que separa de lo común por “un carácter de elegancia, nobleza y buen tono” –como dice el diccionario Littré– se comprende que los grupos de status tiendan a distinguirse unos de otros por oposiciones más o menos sutiles, y por consiguiente, que los grupos de rango más elevado sean también aquellos que están en mejores condiciones para descollar por el refinamiento, ya se trate del lenguaje, del vestido o, más generalmente, de todo el *habitus*.

La búsqueda de diferencia en materia de lenguaje puede conducir a la pura y simple “bifurcación lingüística”, cuando las clases cultivadas utilizan un lenguaje distinto del de las clases populares<sup>41</sup>. Pero la intención de distinguirse se realiza quizá más perfectamente en los refinamientos que se introducen en el lenguaje común: en Ceilán, el lenguaje de los sacerdotes y de los jefes es rico, dulce, elegante, afable, como las personas que lo hablan, y un observador puede notar el gusto de los cingaleses por los refinamientos estilísticos, más admirados cuanto más artificiales son<sup>42</sup>. Pero las maneras más buscadas no son siempre las más complejas, y el juego de las oposiciones, en el caso de ciertas estructuras sociales, puede conducir a los grupos de rango elevado a adoptar las costumbres más “simples” por una especie de doble negación. Así como el estilo *simple* de la retórica clásica se define como tal en virtud de una carencia, es decir por referencia al sistema de las figuras, del mismo modo, como observa Trubetzkoy, los estilos expresivos pueden distinguirse tanto por emplear el recurso de llamar la atención como por atenuarlo: “Compárense, por ejemplo, el discurso exageradamente teñido de afectividad de

<sup>39</sup> *Ibid.*, p. 22.

<sup>40</sup> “Se habla de un rostro común –dice Kant–, por oposición a un rostro distinguido”. E. Kant, *Anthropologie du point de vue pragmatique*, Vrin, París, 1964, p. 147.

<sup>41</sup> Ralph Pieris, “Speech and Society: A Sociological Approach to Language”, *American Sociological Review*, xvi, 1951, pp. 499-505.

<sup>42</sup> *Loc. cit.*, p. 26.

una dama afectada y el discurso solemnemente flemático de un viejo e importante dignatario”. Igualmente, aun en nuestra sociedad, el afán por escapar al celo ingenuo de los fotógrafos apasionados que se reclutan sobre todo en las clases medias, puede conducir a los miembros de la clase cultivada a expresar en una práctica fotográfica aparentemente muy semejante a la de las clases populares, una adhesión reservada y desengañada —a veces afirmada como por despecho o por desafío— a una actividad juzgada vulgar en virtud de su divulgación. En una sociedad diferenciada en la que no se trata solamente de diferir de lo común sino de diferir de manera diferente, la lógica de las transposiciones del pro o contra produce encuentros de este tipo entre la simplicidad simple de los “simples” y la simplicidad buscada de los refinados<sup>43</sup>.

Con este último ejemplo se habrá notado que es necesario englobar en el aspecto simbólico de la posición de clase no sólo los procedimientos expresivos, es decir los actos específica e intencionalmente destinados a expresar la posición social sino también el conjunto de los actos sociales que, incluso sin quererlo o sin saberlo, traducen o traicionan, a los ojos de los demás y sobre todo de los extraños al grupo, una cierta posición en la sociedad (la percepción de la situación de clase, de la nuestra o de los otros, es espontáneamente “estructural”). La autonomización del aspecto económico de las acciones no se realiza nunca tan perfectamente, incluso en nuestras sociedades (y *a fortiori* en las sociedades tradicionales que acentúan a voluntad la ambigüedad de las conductas), como para que las acciones más directamente orientadas hacia fines económicos estén totalmente desprovistas de funciones simbólicas. Esto, desde luego, vale sobre todo para los actos de consumo que, como lo demostró Veblen, siempre expresan, por lo menos secundariamente, la posición social (provista de un “valor” determinado por oposición a otras posiciones) de quienes los efectúan, por ser característicos de un determinado grupo de status. En otros términos, si los procedimientos expresivos como actos subjetiva e intencionalmente destinados a expresar la posición social se oponen a los actos objetivamente expresivos (es decir a todos los actos sociales) en la medida en que vehiculan significaciones de segundo grado, productos de una reduplicación expresiva de las significaciones de primer grado que los actos sociales deben necesariamente a la posición en la estructura social de quienes los efectúan, se pasa

---

<sup>43</sup> “Pensando en el obrero, Citroën pretendía separar de un golpe la función material del automóvil y su valor simbólico. Un Jaguar tipo E, por ejemplo, es un puro símbolo. Es demasiado caro, corre demasiado rápido, no es bastante espacioso, es demasiado frágil, etc., en resumen, es rigurosamente inútil [...]. El “2 CV” debía ser un útil instrumento [...]. Pero muchos idealistas e intelectuales se dejaron engañar [...]. El “2 CV” pretendía estar libre de todo símbolo, pero en realidad se transformaba en un símbolo al revés” (J.F. Held, “Quatre roues sous un parapluie”, *Le Nouvel Observateur*, 24 de noviembre de 1965).

gradualmente por la acentuación intencional (que puede llegar a la autonomización de la función expresiva), de los actos sociales más comunes a los procedimientos expresivos y a la búsqueda de un máximo de rendimiento simbólico de los procedimientos expresivos, que se observa, por ejemplo, en materia de indumentaria, cuando, mediante la comparación sistemática, existe un esfuerzo por adquirir al menor costo el mayor monto posible de valor simbólico<sup>44</sup>.

Todas las clases sociales de todas las sociedades no están igualmente disponibles para el juego de la reduplicación expresiva de las diferencias de situación y de posición. A menudo se ha observado que la opinión de los individuos sobre su posición en la jerarquía social y sobre la jerarquía de las posiciones sociales, por tanto sobre los *criterios de jerarquización*, está directamente en función de su posición en la jerarquía social. Así, Davis y Gardner señalan que los criterios de pertenencia a una clase varían de una clase a otra; las clases inferiores se remiten sobre todo al dinero, las clases medias al dinero y a la moralidad, mientras que las clases superiores ponen el acento en el nacimiento y el estilo de vida<sup>45</sup>. De lo que resulta, por ejemplo, que la jerarquía propuesta por Warner sobre la base de índices de estilo de vida y de prestigio social expresa, como frecuentemente se ha hecho notar, el punto de vista de las clases superiores, más atentas a las distinciones estatutarias que las clases medias y populares<sup>46</sup>. Estas observaciones hacen recordar las *condiciones de posibilidad económicas y sociales* de la transmutación simbólica de las diferencias económicas y sociales. En efecto, las clases más desfavorecidas desde el punto de vista económico nunca intervienen en el juego de la divulgación y de la distinción —que es por excelencia una forma del juego propiamente cultural que se organiza *objetivamente* con respecto a ellas—, salvo en calidad de contraposición, o más exactamente, de *naturaleza*. El juego de las distinciones simbólicas, pues, se juega dentro de los límites estrechos que definen las coerciones económicas y es por ello un juego de los privilegiados de las sociedades privilegiadas, que pueden

---

<sup>44</sup> Bernard Barber y Lyle S. Lobel describen muy bien el "*shopping pattern*" según el cual, con ayuda de las revistas ilustradas, las mujeres norteamericanas se esfuerzan por obtener al menor precio las prendas más cargadas de valor simbólico, es decir, las que están situadas más alto en la jerarquía de los valores de moda (cf. Bernard Barber y Lyle S. Lobel, "Fashion in Women's Clothes and the American Social System", *Social Forces*, xxxi, 1952, pp. 124-131).

<sup>45</sup> Allison Davis, Burleigh B. Garner y Mary R. Gardner, Deep South, University of Chicago Press, Chicago, 1941, pp. 60-72, citado por Ruth Rosner Kornhauser, "The Warner Approach to Social Stratification", en Bendix y Lipset, op. cit., p. 249.

<sup>46</sup> Del mismo modo, puede observarse que la referencia a las diferencias de estilo de vida es infinitamente más rara, en todos los niveles de la jerarquía social, en una sociedad económicamente poco desarrollada, como Argelia, donde los determinismos económicos pesan de manera más brutal, de modo que todos los criterios subjetivos y objetivos de estratificación se refieren directa o indirectamente al orden económico.

ofrecerse el lujo de ocultar las oposiciones de hecho, es decir de fuerza, bajo las oposiciones de sentido.

Tratar de captar las reglas del juego de la divulgación y de la distinción según las cuales las clases sociales expresan las diferencias de situación y de posición que las separan, no implica reducir todas las diferencias y menos aún la totalidad de esas diferencias, comenzando por su aspecto económico, a distinciones simbólicas, y tampoco es reducir las relaciones de fuerza a puras relaciones de sentido; es optar por acentuar *explícitamente*, con fines heurísticos y a costa de una abstracción que debe mostrarse como tal, un *perfil* de la realidad social que a menudo pasa inadvertido o que, cuando se lo advierte, deja de mostrarse como tal.

Todo un aspecto de las relaciones objetivas o intencionales que se establecen entre las clases sociales puede ser objeto de un estudio estructural, porque las marcas de distinción se organizan en sistemas, sobre la base de la homología de estructura entre el significante —a saber, los actos y los procedimientos expresivos— y el significado —es decir, el sistema de las posiciones estatutarias, definidas primordialmente por su oposición con otras oposiciones estatutarias—; la lógica de las relaciones simbólicas se impone a los sujetos como sistema de reglas absolutamente necesarias en su orden, irreductibles tanto a las reglas del juego propiamente económico como a las intenciones particulares de los sujetos: las relaciones sociales no se reducen nunca a relaciones entre subjetividades animadas por la búsqueda del prestigio o cualquier otra “motivación”, porque no son más que relaciones entre condiciones sociales que se realizan según una lógica predispuesta a expresarlas, y, en ese carácter, tienen más realidad que los sujetos que las habitan. La autonomía que hace posible la instauración de las relaciones simbólicas, a la vez sistemáticas y necesarias, es relativa: las relaciones de sentido establecidas dentro del restringido margen de variación que dejan las condiciones de existencia no hacen más que expresar, infiriéndoles una transformación sistemática, las relaciones de fuerza: habría que establecer pues cómo la estructura de las relaciones económicas puede, al determinar las condiciones y las posiciones sociales de los sujetos sociales, determinar la estructura de relaciones simbólicas que se organizan según una lógica irreductible a la de las relaciones económicas.

Artículo publicado originalmente en Archives Européennes de Sociologie, Vols. VII, pp. 201-223, Paris, 1966. Traducción al castellano de José Sardon. En: Barbano, Filippo et al., *Estructuralismo y Sociología*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1973.